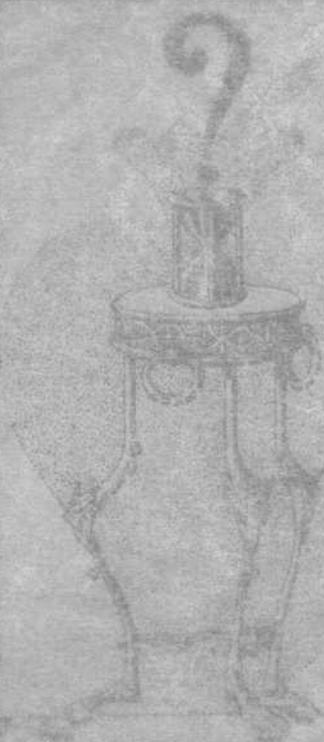


NICOLÁS BENAVIDES

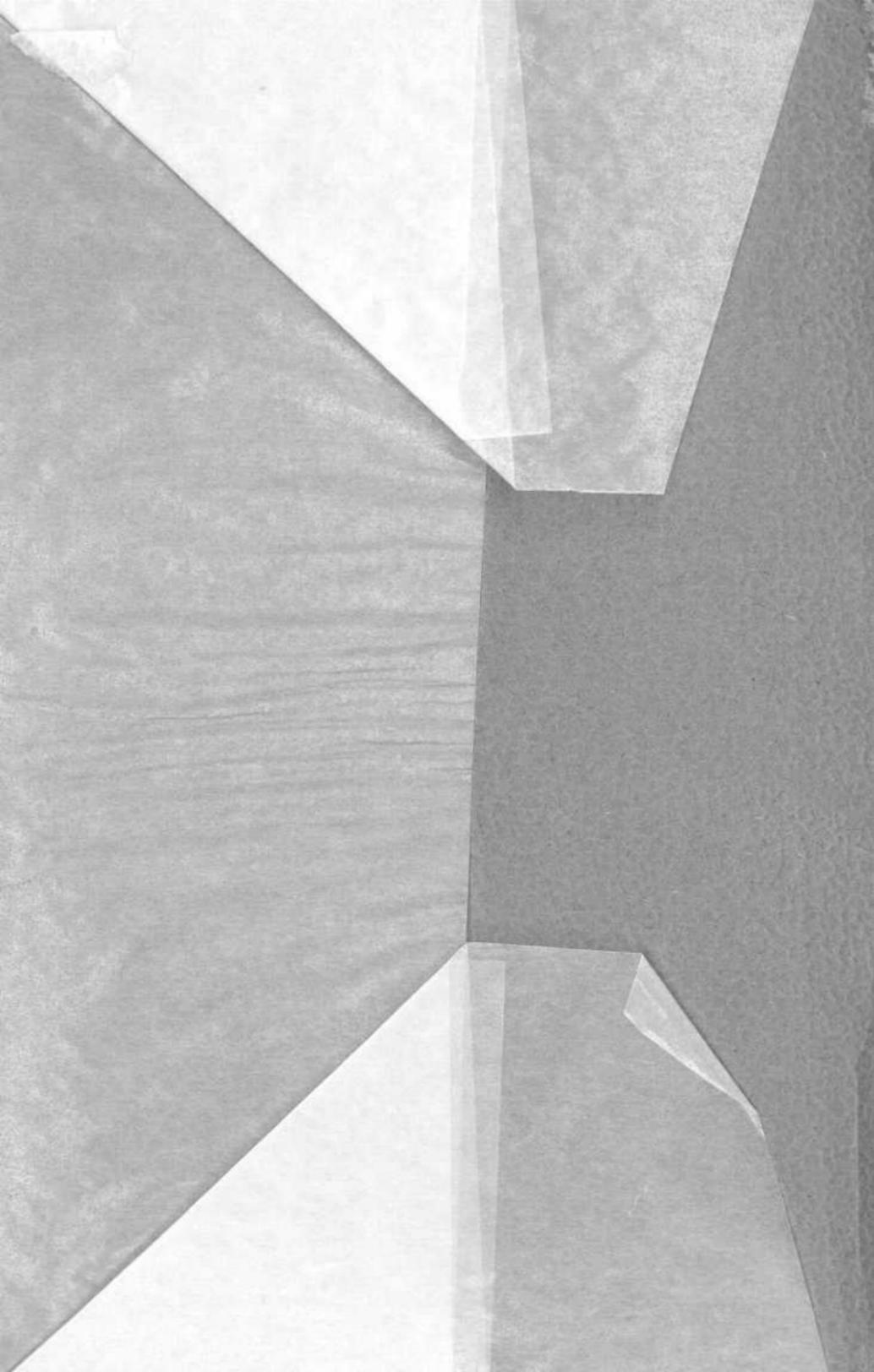
A TRAVÉS DE
DE LA VIDA



(POESÍAS)

CARTA PROLOGO EN VERSO

REC. DON JOSE JACKSON VEYAN



DG
A

Nicolás Benavides Floro

A TRAVÉS DE LA VIDA

(POESÍAS)

CARTA-PRÓLOGO EN VERSO DE

D. José Jackson Veyan



VALLADOLID
IMPRESA DEL COLEGIO SANTIAGO

1913

+ 150082

C-110244



R. 125768

A mi querido amigo José
M^a Guisasaola, con el me-
jor afecto.

El autor

A la memoria de mi padre.

El autor.

¡Luz, más luz!...

(GOETHE)

Es propiedad del autor.
Queda hecho el depósito que
marca la ley.

CARTA ABIERTA

A mi buen amigo D. Nicolás Benavides Moro.

Yo acudo en el momento
que la amistad me llama,
pero este *prologuillo*
que escribo á *tenazón*,
más bien que *carta abierta*
resulta un telegrama,
conciso en el lenguaje
y franco en la expresión.

¡Soberbio es el arranque!
¡La empresa es atrevida!
el publicar un libro
sentido y pasional,
con versos inspirados
que tienen sangre y vida,
y el alma de un poeta
que canta su ideal.

«El pueblo se divierte
mientras que el mártir llora,
y el gladiador, del César
recibe el parabién.»
Así canta el poeta
con esa *guzla mora*
que guarda entre sus cuerdas
suspiros del harén.

Del grave Monasterio
retratas la hermosura
que alegre canta el Piedra
soltando su caudal:
y veo ante mis ojos
aquella gruta obscura
que cierra una cortina
del límpido cristal.

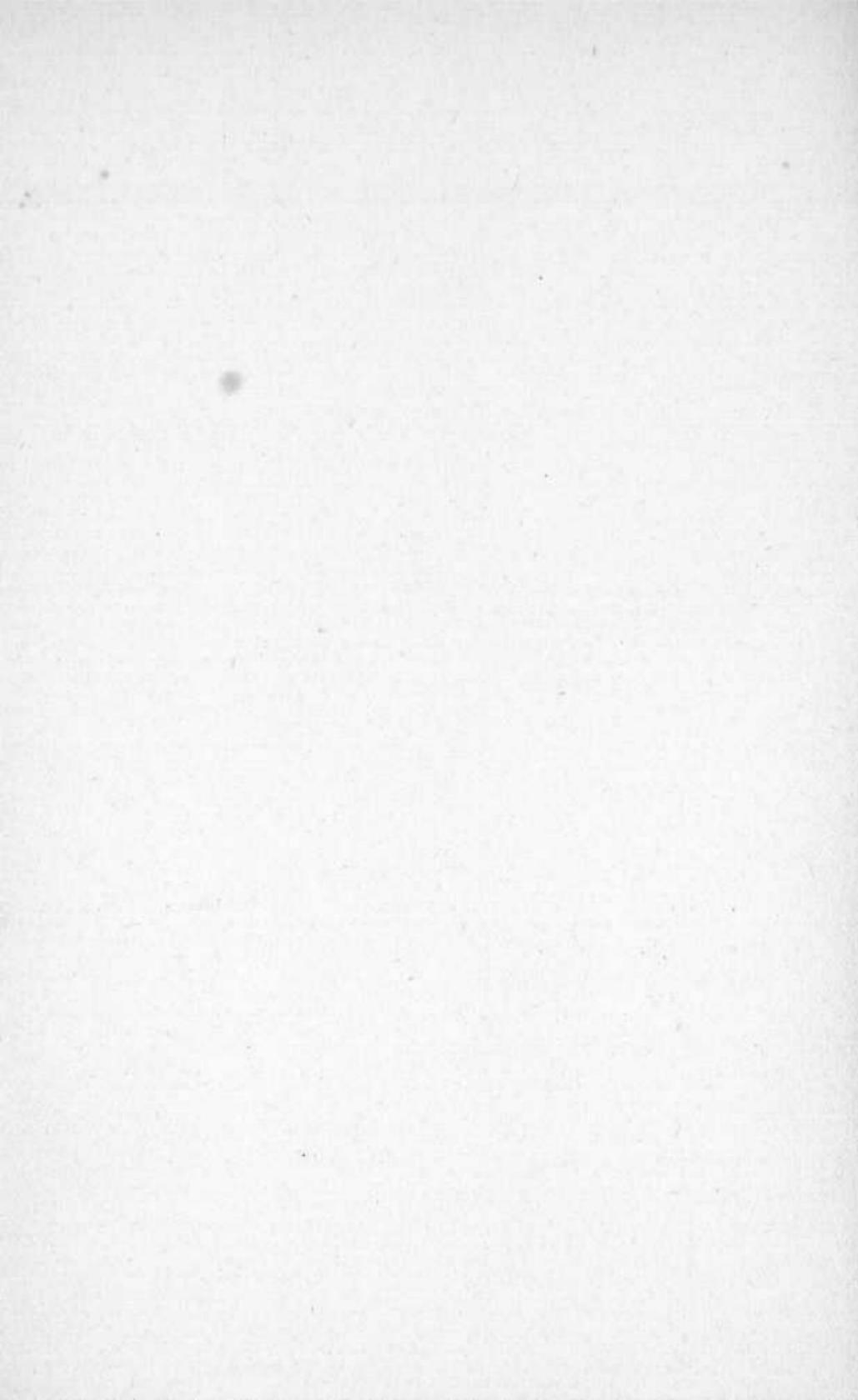
Tus versos son los tristes
recuerdos del pasado;
las bellas esperanzas
del dulce porvenir;
las plácidas sonrisas
del bienestar soñado;
¡las lágrimas ardientes
que queman al salir!

Apóstol del progreso
y heraldo de la pena,
espada y pluma enlazas
con santa devoción:
recibe, noble amigo,
mi franca enhorabuena,
y que las nueve hermanas
te den su bendición.

JOSÉ JACKSON VEYAN

Valladolid, mayo, 1913.

HORAS DE PAZ



AMOROSA

Te quiero, sí; te quiero como quiere
el peregrino á las reliquias santas;
te quiero como quieren los pastores
al cándido rebaño que ellos guardan.
Te quiero como quieren á la vida
los que ya sienten las postreras ansias;
como á la libertad adora el preso,
como la flor al sol de la mañana;
como adoran los campos al silencio
que los envuelve en la quietud extraña
que convida á soñar en esta vida
los misterios de amor de otra más alta.
Te quiero cual los pájaros al viento
que les trae el cantar de su adorada,
como á los ideales de mis sueños,
como á los sueños de oro de mi infancia.
Como á los bellos rayos de la luna
que en el bosque, pálidos, descansan;
como adoro á los lagos misteriosos
que la gama lunar, leve, retratan
reflejando su luz ensoñadora
en el bruñido espejo de las aguas
donde duermen suspiros y canciones,

donde flotan, acaso, formas blancas
que surgen de las aguas adormidas
en mágicos cendales esfumadas.

.
.
.
.

Mucho más que á las cuerdas de la lira
que sus amores en la noche canta;
mucho más que á las glorias de este mundo
(pues no goza de gloria el que no ama).
¿Por qué dudas de mí, si tu recuerdo
no abandona el refugio de mi alma?
¿Por qué dudas de mí, si por buscarte,
mi pensamiento hacia tu lar se marcha?
¿Por qué dudas de mí, si yo te he puesto
al lado de mi madre y de mi Patria?

AL AMOR DE LA LUMBRE

Junto al hogar las ilusiones nacen;
junto al hogar espiran los recuerdos.

Ven, niño de mi vida,
ven tú, mi nieto;
ven, angelito de cabellos rubios,
junto á el abuelo.
Ven, que te quiere mucho
el pobre viejo
y no te besaré, si no te agrada,
por no arañarte con sus crespos pelos.
Acércate, niñito,
y no me tengas miedo
que, aunque vine hace poco, ya hace mucho
que yo te estoy queriendo.
Aun luchaba en la guerra el abuelito,
su patria defendiendo,
cuando supo que tú viniste al mundo
á continuar la raza de los buenos.
Y te quise, te quise desde entonces,
lejos de aquí, sufriendo,
y pidiéndole á Dios que me dejara
tan solo darte un beso.
Pero no pudo ser, pues se pasaron
seis años de combates y destierro

antes de que pudiera
 volver á vuestro hogar el guerrillero.
 Y te he besado mucho ¿verdad, nene?
 no hagas *pucheros*
 pensando que te raspo con mi barba
 cuando acaricio con mi sér entero!
 Muy bien; ya estamos juntos; en mi pierna
 á horcajadas te siento
 y trotas y galopas
 igual que el Coronel de un regimiento.
 —¿Qué es la guerra, abuelito?

—¿Qué es la guerra?

(¡Diablo de chicuelo!
 cómo le explicaré...) Pues verás: Era...
 —¡Eso! ¡Cuéntame un cuento!
 —(¡Ojalá cuento fuese!) Era, te digo,
 un Estado pequeño
 muy rico y floreciente, gobernado
 con ansia de justicia y sed de acierto
 por un príncipe joven.

—¿Por un niño
 chiquito, como yo?

—Como tú, ¡cielo!
 (¡Oh! benditas deidades
 que dais á los pequeños
 reinados de ilusiones y esperanzas...)
 Como te iba diciendo,
 en el Estado aquél, feraz y rico,
 la paz y la fortuna residieron.
 Un Estado vecino
 gobernado por un príncipe viejo
 ambicioso y cruel...

—¿Tan viejo era
como tú?

—Lo era tanto, ¿sigo el *cuento*?

—¡Sí! ¡sí!

—Pues te decía
que en el Estado grande fué creciendo
un deseo (que el viejo fomentaba)
de apoderarse del vecino reino.
Con pretextos extraños,
tropas del poderoso lo invadieron
y, la guerra estalló.

—¿Fuiste á la guerra?

—Cumplí cual caballero.

—¿Y fué papá también?

—Él á las filas
de un bravo regimiento;
yo, á lo más intrincado de los montes,
con otros guerrilleros.
Tu papá vino antes
porque á mí me cogieron prisionero.
Ya verás cómo fué; cómo vencimos
á pesar de ser menos
y cómo, aunque quería estar tan cerca
de tí, estuve tan lejos:
Iban á chocar pronto
nuestros soldados y el odiado ejército;
los nuestros, en el llano,
hostilizaban bravos y serenos
al rival que, pasadas las montañas,
iba sus grandes huestes reuniendo.
Nosotros, que en aquéllas
emboscados estábamos, rompemos

en un fuego terrible, y atacamos
el flanco... ¿oyes, pequeño?

.
.

Pues ¿no se me ha dormido el angelito?
¡Dios bendiga tu sueño!
y... ahora que no hay nada que lo impida
¡ahora sí que te beso!

.
.
.
.

Al amor de la lumbre
un suave sopor le va invadiendo
y... se quedan dormidos, como troncos,
el nieto y el abuelo.

CUANDO LA NIEVE CAE....

El día está frío;
los copos de nieve
van cubriendo despacio la calle;
como manto leve
van cubriendo la tierra dormida
y ocultándolo todo en sus pliegues.
Yo te estoy mirando
desde el portal éste,
purgatorio cerquita del cielo
(es el cielo el balcón que tú tienes),
y aunque aquí los copos
penetran á veces
y en mi rostro se escarchan, queriendo
ahuyentar el calor de mi frente,
yo te miro feliz y contento;
tus miradas tienen
el calor que la nieve me roba,
el calor que hace falta á mis sienas.
¡Ay! ¿qué de mí fuera
si el amor que constante, me ofreces,
si el calor que tus ojos despiden
no sintiera siempre?
¡Desgraciado de mí, si esto ocurre!
¡Pobre del que tiene
el calor de la dicha lejano,
del olvido, su amor, en la nieve!...

GERMINAL

Es un desierto islote en que, tenaz, se estrella
 el choque de las olas que bate el huracán
 ó hacia el que mansamente, humildes, si hay mar
 para besar sus peñas, rizosas olas van. [bella,]
 No tiene quien lo habite aquel extraño suelo;
 de la lejana costa las turbias líneas ve;
 ansioso está pidiendo que vida le dé el cielo,
 mas, siempre, éste á sus ruegos indiferente fué.
 Ni nacen en su seno salvajes florecillas
 que escuchen de las olas la secular canción,
 ni en él han hecho un nido alegres avecillas
 que entreguen á la brisa, de su cantar, el son.
 Un día, juguetonas las golondrinas pasan
 junto al desierto islote, mojándose al volar;
 la última de todas las que el islote rasan,
 una semilla tierna abandonó al pasar.
 La lluvia con su beso, la tierra con su arrullo,
 de la semilla hicieron brotar, allí, un rosal
 y, en medio de las rocas brotó, al fin, un capullo
 que parecía el beso de un alma virginal.

.

Mi alma es un islote desierto y solitario
 que se contempla estéril, teniendo un santo ardor;
 si arrojas cariñosa semilla, hospitalario
 hará brotar lozanas las flores del amor.

LEJOS DE TI

Estoy lejos de ti y el alma mía
padece de la ausencia los rigores,
pues, sin ella, brillara mi alegría
en el reino de paz de tus amores.

En pleno invierno, al contemplar las flores
ostentando su bella lozanía,
pienso que tu belleza las daría,
si estuvieras aquí, más esplendores.

Del cielo azul ante la augusta calma;
del sol ante los mágicos reflejos
que al sutil viento en su carrera encalma
y convierte los lagos en espejos,
siento dentro de mí que aunque estés lejos
vives siempre muy cerca de mi alma.

Albufera (Valencia), Diciembre 1911.

PASTORELA

Es una tarde serena
del florido mes de mayo;
el viento en las frondas suena
y el bosque su cantilena
dice con dulce desmayo.
En la fuente clara y pura
que desde la sierra envía
su linfa hasta la llanura,
mira Lelia su hermosura
llena de sol y alegría.
Los bucles de sus cabellos
sobre su cuello desnudo
privan del sol los destellos
y nunca fueron tan bellos
atados en bello nudo.
El agua, la faz riente
límpida y clara, refleja
en un remanso durmiente,
y allí, en la tarde silente,
su murmullo escuchar deja.
De su pastor las canciones
ella espera enamorada
y, en sus bellas ilusiones
confunde con esos sonos
los ruidos de la enramada.
Súbito, un canto brioso

vibra; la niña, anhelante,
el busto yergue gozoso,
y su rostro es más hermoso
ante la voz del amante.

De las ovejas, mezclada
á los tremantes balidos,
se escucha la voz amada
y una ilusión adorada
traen aquellos sonidos.

Detrás de unos peñascales
que alzan sus crestas ingentes
entre tupidos breñales,
los cándidos animales
aparecen indolentes.

Junto á ellos, el pastor
fuerte y bello, el busto eleva
con aspecto retador;
su cara expresa el amor
que dentro del alma lleva.

Tiene en sus potentes brazos,
prisionero, un corderillo
que quiere romper los lazos
pero, antes se hará pedazos
que escapar, el pobrecillo.

Llega junto á la pastora
con esa ofrenda bendita
que ella aguarda reidora
y, ante su dueña y señora
alegre la deposita.

.
.

Con un beso paga, ufana,
del joven el tierno afán,
mientras, en onda lejana,
se oyen: la jauría de Diana
y el caramillo de Pan.

REFUGIUM
—

En la cima del monte se eleva
una torre alta
donde posan las blancas palomas,
de volar cansadas.
Niña de mi vida,
torre hospitalaria,
sólo en tí se posan ilusiones mías
que la vida cruzan, cual palomas blancas...

A UNA MUJER

Llegué cuando arrancabas á una rosa
sus hojas delicadas
y, al ver cómo brotaba ante el despojo
tu risa despiadada,
al ver tu lindo pie, que pisó luego
con una infantil rabia
retorciendo el tacón, sobre las tristes
hojuelas nacaradas,
aparté de tu cuerpo delicioso
mi vista enamorada;
huí de ti, como del mal se huye,
creyendo ver tus blancas
manos, que me arrancaban á girones
ilusiones del alma;
hojas que de la flor de mis amores,
al suelo, al fin, lanzaban;
sentí posar tu pie sobre las tristes
hojuelas sonrosadas
de aquella noble flor de sentimiento
que guardo yo en el alma
y sentí un latigazo de vergüenza,
de dolor y... de lástima,
mientras vibraba histérica, implacable,
tu risa, jugueteo de agua clara.....

¿QUÉ ES EL AMOR?

¿Qué es el amor? decidme, enamorados:
¿es dulce bienestar que el pecho anhela
ó es sufrimiento eterno que, impasible,
del pobre amante el corazón lacera?
¿Es sueño ó realidad? ¿Lo forjó acaso
allá, en su inspiración, algún poeta?
¿Es verdad que no existe sér humano
que viva sin amores en la tierra?
—A mí no me aman; sólo algún demonio
tiene que producir pasión tan ciega.
—Yo soy amado; es el amor un ángel
que nuestro sueño, con su arrullo, vela.

EL MONASTERIO DE PIEDRA

Rodeado de recios y altos montes
y envuelto en los encantos del misterio,
existe en Aragón un monasterio
que domina lejanos horizontes.
A su pie pasa el «Piedra» y se desgaja
en corrientes bravías é indomables
formando cien cascadas admirables
el agua azul, que por las peñas baja.
Nido divino de elevadas frondas
que hallan en los estanques mil reflejos,
en esos lagos tiene sus espejos
y refugio de ninfas en sus ondas.
Paisaje encantador y soberano;
alamedas, jardines, grutas, flores;
¡centro ideal de plácidos amores
que ardiente, ansía el corazón humano!
Entre tantos portentos, el que mira
siente el alma suspensa, embelesada,
y va la mente á un cielo trasladada
en alas del fervor con que se admira.
Cierro mis ojos; sin querer contemplo
las sublimes bellezas sobrehumanas,
los calados de pétreas filigranas
y la «Gran gruta» convertida en templo.
Desprenden las cascadas espumosas

de finísimas gotas tenue velo
que el sol traspasa desde el alto cielo
en polícromas líneas luminosas.
Allí se siente el hombre más pequeño
y ve surgir su espíritu contrito
los alados encantos de un buen sueño
y la eterna canción del infinito.

EL ROBLE Y LA FLOR

FÁBULA

Al pie de un viejo y carcomido roble que sus ramas inclina hacia la tierra mostrando en su corteza derruída, y en su corcoba, que á morir se acerca, una flor muy temprana y primorosa su tierno tallo con vigor eleva, mostrando en su frescura y lozanía que es una niña que á vivir empieza. E inocente, cual niña, dice al árbol mirándole orgullosa, y con viveza: —Amigo roble: compasión os tengo pues se van extinguiendo vuestras fuerzas; á mí, gracias á Dios, aún mucha vida de juventud y de placer, me queda. Y el roble respondió:—Flor de los campos: tú, que eres tan hermosa y hechicera, orgullosa te ves, y no has pensado que la tuya es ⁽¹⁾emífera existencia; yo, viejo, sentiré la nueva savia muchas veces, veré la primavera sonreirme y tú, acaso, si el sol *pica* hoy verás con dolor tus hojas secas.

(1) efímera

Tened, niñas, presente en vuestra vida
la siguiente sencilla moraleja:
dura más la vejez de añoso roble
que juventud de cándida azucena.

¿EN QUÉ PIENSAS?

—¿Piensas en los misterios insondables
que encubre la negrura del abismo?
¿Piensas en los orígenes del alma
estudiándola dentro de ti mismo?
Dime: ¿por qué el ensueño está en tus ojos
y en esa noble frente está el delirio?
¿Piensas en las miserias de la vida
y en la soñada palma del martirio?
¿Piensas en las verdades de la ciencia
y en los arcanos que sondar pretende
ó se eleva tu mente á las regiones
que en triste claridad la luna enciende?
Dime, amado, si piensas en las flores
ó en la cuestión del ser y del no ser
ó si evocas, acaso, los encantos
que te haya descubierto otra mujer...
(Y la hermosa fijaba en el bohemio
el misterioso encanto de sus ojos
abriendo, incitadores y atractivos,
al mirar al galán, sus labios rojos).
Entonces el bohemio, desviando
sus ojos de la nada á que miraba
y llevando su mano á la ancha frente
que mil veces la hermosa le besaba,
atusóse las crenchas de aquel pelo

que ^{en} los revoltosos rizos ascendía
y sonriendo triste y pensativo
dijo á su compañera:—Amada mía:
no pienso en nada de eso que me dices;
son materias muy árduas para mí,
no quiero remontar mi fantasía,
no pienso en nada de eso; pienso... ¡en ti!

QUINCE AÑOS

Miradla qué gentil, qué encantadora;
erguida y noble la infantil cabeza,
¡qué gracia en el andar y qué ademanes!
mirad qué menudito taconeaa...
Tienen sus ojos un azul muy puro
en que el cielo parece se refleja;
qué boca tan pequeña y qué mejillas
tan rosadas, tan finas y tan frescas.
Sobre los hombros en graciosos rizos
desciende su dorada cabellera...
lo tiene todo: juventud y gracia.
¿Qué quién es esa niña? ¡una azucena!

EN UNA POSTAL

—
ARANJUEZ

Gallardo puente tiéndese orgulloso
aumentando del Tajo la poesía,
pero Amor es un puente más hermoso
que une, amada, tu alma con la mía.
Si aquél surge elegante y vanidoso
mirándose en las aguas azuladas,
mi amor es más dichoso que ese puente
que parece tendido por las hadas;
¡es más bello el encanto de tu frente
que, del Tajo, la plácida corriente!

ÍNTIMA

Figurita de Sèvres adorable,
pequeño bibelot;
muñeca de biscuit encantadora,
angelito de amor;
mujercita de china, deliciosa,
copita de cristal;
Venus de porcelana, amada mía,
escultura ideal;
¿cómo te llamaría que acertara
tu cuerpo á describir;
tu cuerpo grácil, fino y delicado,
capullo que va á abrir?
Nacar, leche, corales, fresas, nieve,
un hada combinó
orlando de tus ojos el misterio...
así te veo yo.
De risas y alegrías es tu boca
divino manantial
y me suena cual música adorada
su sonoro raudal.
A tus oscuros ojos asomado,
buscando un dulce amor,
vi dejos misteriosos, tristes huellas
de un oculto dolor...
Gracioso casco de flotantes rizos

cubre de sien á sien
tu cabeza, de seda coronada
¡oh dulce amor, mi bien!
De tu cuerpo al correcto modelado
fino, airoso, ideal,
¡dijera tanto, y á tu pie chiquito,
picante madrigal!
Encierras para el hombre que te adora
tan suprema ilusión
que ignora dónde tiene la cabeza
y dónde el corazón.
Porque te ve al mirar á cualquier parte
cree estar fuera de sí,
y es esta gran verdad, porque su mente
siempre está junto á ti.
Tan sólo cuando estás al lado mío
yo creo despertar:
razón, inteligencia... están tan cerca
que las vuelvo á encontrar.
Mujercita que tienes en los labios
color de guindas y sabor de miel;
almita noble, corazón sencillo,
¡nunca dejes de ser mi amante fiel!

LA GUZLA

Las torres que desprecio al aire dieron
á su gran pesadumbre se rindieron.

(ARGENSOLA)

(R. CARD.)

Soy la guzla morisca, soy santo nido
que refugia las almas de mis pasados
y en mí resuenan bellas y evocadoras
canciones de los moros enamorados.
Al trovador cantando yo acompañaba
por los montes, los prados y la chumbera,
¡cuántas amantes trovas así brotaron
de la sonora caja de mi madera!
Al extender la aurora sus resplandores
saludábala alegre el acento mío
y ella depositaba en mis pobres cuerdas
las gotas cristalinas de su rocío.
Y, al difundir los tonos de su paleta,
llegaba á mí su imagen con suave vuelo
y besando mis cuerdas como una madre
me daba los colores que daba al cielo.
Mis notas despertaban dulces murmullos,
resonancias latentes, ecos dormidos;
y las aves cantaban sus alegrías
al escuchar mis sonos desde sus nidos.
Dentro de mí se esconden los sentimientos,
ya gratos ó ya tristes, de los amores,

y guardo aquí, en mi seno, por dicha mía,
sollozos de hojas secas, risas de flores.
No sólo aquí, se encierran las alegrías,
frases de amor eterno, dichas ajenas;
¡también conservo dentro muchos dolores;
también soy el trasunto de muchas penas!
Juntando el sentimiento con la alegría
yo río muchas veces y muchas lloro:
murmurios tengo de aguas, quejas del viento
que escuchó las canciones del pobre moro.
Algunas veces lanzo gemidos tristes:
son llantos de los niños en las cabañas;
á veces en mí, inmenso, se eleva un himno:
es el eco del canto de las montañas.
Si en ruda catarata salen grandiosas,
las notas de mi canto, fuertes, violentas,
al brotar, sin acorde, tantos sonidos,
me traen la remembranza de las tormentas.
Otras veces serenas y cadenciosas,
una canción entonan, dulce, sentida,
y contornan la imagen del sér amado
que aparece en los sueños ¡sombra querida!
Al dar vida á esa imagen, recuerdo siempre
los ratos venturosos que se marcharon;
que las frases ardientes, de amor eterno,
adentro de mi caja se refugiaron.
Adentro las conservo, como reliquia
que guarda los secretos del pobre moro;
los celos..., los amores del bien querido
aquí dentro los guardo, como un tesoro.
Tañendo mi cordaje con sabio pulso
entonaban sus trovas los orientales;

soy origen de muchos de sus poemas,
 pues que, por mí, nacieron sentimentales.
 En palacio morisco que el Genil besa
 se escuchaban mis sonos por las mañanas
 y con notas de amores interrumpían
 los hermosos ensueños de las sultanas.
 Del corazón amante del sarraceno
 fuí leal consejero, constante amigo,
 mas ¡de cuántas desgracias fuí la culpable
 y de cuántas querellas mudo testigo!

.

Era una hermosa noche, bien lo recuerdo;
 una de esas tranquilas noches de luna
 en que, la mente humana vive gozosa
 las bellas ilusiones de la fortuna.
 Un moro me tañía cantando amante
 debajo del alféizar de una ventana
 entonando amorosas, tristes, endechas
 para que las oyera su musulmana.
 El hálito amoroso de aquella noche
 me daba sentimiento, grata armonía,
 y eran rayos de luna mis dulces notas
 (mas rayos de una luna que se ponía...)
 Por la tierna influencia de mis cantares
 se abrió, acaso, una reja de poca altura
 y se asomó una mora ¡lo más divino
 que había contemplado yo, en criatura!
 Bellas frases de amores, quejas sentidas
 del uno al otro iban, arrebatadas,

y yo las recogía porque en mis sonos
hay frases de parejas enamoradas.

Una sombra se acerca... ¡despierta moro!
no puede ser...; un golpe... yo caigo al suelo;
aún escucho los gritos desgarradores;
(es otra de mis notas: el desconsuelo).

.
.

Dentro guardo yo acibar y ricas mieles,
por eso río á veces y á veces lloro;
porque soy el recuerdo de un pueblo grande
adentro las conservo como un tesoro.

HORAS DE PENA

CONTRASTE

La multitud sonríe,
la multitud avanza;
es un domingo alegre,
un domingo que canta
bajo el risueño sol de primavera
que dora los objetos y las almas.
Todos, á divertirse
con vivo paso marchan,
asaltando los coches, los tranvías
y los *autos*; las anchas
aceras de las calles, son estrechas
para aquella avalancha
que ansiosa las invade;
en la espaciosa plaza
vibra un conjunto extraño de sonidos,
que forman caprichosa discordancia.
Habrá fiesta de toros,
se escuchan carcajadas
y el restallar de látigos, ronquidos
de bocinas; las voces de ¡á la plaza!
que lanzan los cocheros, exténtóreas,
vibrantes, se destacan
sobre la bullanguera,
general, algazara.

En sus severos coches
desfilan grandes damas;
tocadas con pañuelos de Manila,
en modestas manuelas, van las majas.
De cuando en cuando se oye
gritar:—¡aquí, á la plaza!
Pasa un coche que lleva
los toreros; señalan
su paso muchas manos femeninas;
montando tristes jacas
aparecen pesados picadores
luciendo el castoreño de anchas alas
sobre el cuerpo de atleta
que, erguido, se destaca
y llevando á la grupa
un «mono sabio» como roja mancha.

.
.

Un cochecito viene
por una calle ancha;
avanza lentamente,
avanza, avanza, avanza...
Es un fúnebre coche
con columnitas blancas,
delgadas y sencillas,
toscamente talladas.
Una caja va dentro,
pequeña, rosa y blanca,
un ataúd chiquito, muy chiquito,
que un manojo de flores engalana;
son sencillas las flores
y al azar colocadas;

se adivina un aroma
mezclado con el riego de unas lágrimas...
Nadie va tras el coche
que indiferente pasa;
no lo acompaña nadie,
va solita la caja;
no da impresión de muerte
aquéllo; de paz habla,
de sueños, de ilusiones
que por el aire pasan.
Arriba, en el pescante,
va el cochero, que amaga
con el látigo al pobre caballejo
y distraído, canta
un cuplet picaresco; entre los labios
oprime una colilla y da chupadas
que suenan como besos
bajo la nariz chata
y roja, de borracho impenitente,
y mira, y fuma... y pasa.
La multitud sonríe,
la multitud avanza,
y en medio, lentamente,
el cochecito marcha.
Algunos se descubren,
los demás andan, andan.
Sólo se ve la caja blanco y rosa
que un cuerpecito guarda;
la madre ¿quién se acuerda?
la madre de aquel niño quedó en casa.

LA EPIDEMIA

A MUCHAS MADRES

Una cunita bajo blancos velos;
un vacío en la cuna virginal,
una madre que, loca, ve el vacío....
y un silencio, un silencio funeral.
En su dolor recuerda la cuitada
aquel ángel de amor que dió á la vida
y evoca sus sonrisas y sus gracias
en inmenso sollozo estremecida.
¡Era tan bello su semblante alegre;
era tan dulce su mirar sereno,
siempre lleno de gracia candorosa,
de inocencia, de amor, de encanto lleno!
Y sus rubios cabellos ondulantes
se escalonaban en graciosos rizos
dando un nimbo ideal á su cabeza
y un marco celestial á sus hechizos.
Ahora empezaba á hablar; balbuceaba
con lento pronunciar, nombres amados,
bosquejando, al hacerlo, una sonrisa
á sus padres, que oíanle extasiados.
Era esperanza y luz, vida y encanto,
un porvenir hermoso que se habría;
una flor condensada en su capullo

y un ensueño de amor que sonreía.
Un hado adverso un día aparecióse
miserias y dolores esparciendo
y, nuevo Herodes, de epidemia armado,
iba las tiernas almas recogiendo.
Su hálito emponzoñó aquel pobre infante
que contra él luchaba, desvalido,
expresando sus luchas y dolores
en un cruel, desgarrador gemido.
La Ciencia sus consejos formulaba,
la madre consagraba su desvelo,
pero todo fué inútil y aquel ángel
se alejó con sus alas hacia el cielo.

.
.
.
.

Queda una cuna bajo blancos velos
y un vacío en la cuna virginal;
una madre que, loca, ve el vacío....
y un silencio, un silencio funeral.

TU AMOR Y EL SUYO

¡Ah! tú estás en casa
gozando y riendo
mientras yo, que te tengo un cariño
tan grande y tan tierno,
me muero de rabia,
de pena me muero.
Hoy casaste sin amor ni gusto;
te venció el dinero;
entre tanto mi madre, la pobre,
que era mi consuelo,
como sueño que huye,
como grato acento
que se extingue perdido en el campo,
se me está muriendo.
De la dulce música
percibo los ecos;
de... esa, que hoy en tu calle festeja
tu gran casamiento;
y me dice mi madre al oírlo:
—Dime tú, pequeño:
¿por qué toca esta noche esa música
que se oye á lo lejos?
—No delire, mi madre, no es música;
no hay tal cosa esta noche en el pueblo,
es que se ha dormido

y percibió en sueños
ecos gratos que alegran el alma,
sones dulces que prestan consuelo.
—Te digo, hijo mío,
que lo estoy oyendo;
que son cantos de amor... rumorosos,
como yo recuerdo
que cantaba tu padre, de mozo,
siendo yo su dueño.
Que tocan, te digo;
es un canto tierno...

—No, madre, no tocan;
quimeras de ensueño.

—Pues será, hijo mío,
que, como me muero,
oigo música, ya, de ultratumba,
y esa música... viene... del cielo...

Ella sonreía;
yo lloré en silencio
y, espiraba la última nota
del dulce concierto
cuando mi pobre madre moría
al dejar en mi frente dos besos.
Pondré en la balanza
de mi sentimiento
en un lado el dolor de esta noche
y en el otro el amor que te tengo.

.
.

¡Cómo pesa el amor de mi madre
y, cuan poco, tu ingrato recuerdo!

LA LIRA ROTA

A LA MEMORIA DEL JOVEN POETA LEONÉS
ISAAC MARTÍN GRANIZO.

Bajo el impulso mágico del genio
una lira de plata, vibradora,
entonaba sonora
trovas llenas de amores y de ingenio.
Alegre al viento daba sus canciones
en juveniles bríos confiada
y, fácil é inspirada,
le regalaba con sus dulces sonos.
De auras leonesas al murmullo
plácida concreción de ecos y notas
hizo salir, en gotas
que temblaban alegres á su arrullo.
Con bella poesía castellana
supo cantar las glorias de la vida,
la esperanza vivida
que confía en los triunfos del mañana.
Pronto cesa el encanto que la inspira;
esa terrible mano del misterio
hizo sentir su imperio
arrancando las cuerdas de la lira.

MI MUNDO

Mi mundo, por ahora,
se encierra entre los muros de mi casa.
No quiero ya enterarme
de lo que, fuera, pasa;
ni me entusiasma el campo con sus flores
y sus casitas blancas,
ni el constante vaivén que hay en las calles
como antes me entusiasma.
Salgo de mi oficina presuroso
y salvo la distancia
que me separa de mi pobre albergue,
impaciente tan solo por salvarla;
ni miro hacia los lados
ni me distrae nada,
pues camino atraído por mi mundo
que se oculta en los muros de mi casa.

.
.

Yo tengo un angelito
que, sin cesar, me llama
con los brazos abiertos como antenas,
con los brazos tendidos como alas.
No sabe el pobrecito
lo que es amor de madre; no la llama,
porque nunca la vió junto á la cuna

mirándole suspensa, embelesada.
Ella murió cuando lo dió á la vida
¡ay! perdiendo la suya por salvarla
y ofrendando aquel fruto
ante el trono de Dios, cual ante un ara,
y así dejó su esencia en este mundo
cuando partió su alma.
La pobre sonreía
su dicha al ver lograda,
pero el dolor de abandonar la vida
cuando aquélla, inocente, comenzaba,
de sus hermosos ojos
arrancó tristes lágrimas:
—No pienses más que en él, me dijo amante;
pues ya que Dios me llama,
una misión te deja
que á una madre, tan sólo, no es pesada.
Hazle bueno y honrado
y templa bien su alma
que por él y por tí rogaré al cielo
y Dios oirá á una madre desgraciada.
Enséñale á rezar, por fin, me dijo,
y en la mejilla casta
del angelito mío, estampó un beso
mientras fijaba en mí dulce mirada.
Indiferente á todo
yo me encierro en mi casa
y condenso mi vida en un capullo
de florecita blanca;
en una débil nube que la aurora
dió al cielo, sonrosada;
en un soplo de viento, un cefirillo

que agita la enramada
y acaricia las hojas con su arrullo;
una canción sagrada
que brotó de los labios de una diosa
como tierna balada.

Todo eso es mi pequeño; no me canso
de besar su carita nacarada
allí, en el sitio en que besó su madre,
pues creo así besarla
y sentir, al hacerlo, como el roce
de imperceptibles alas
que acarician mi frente y que me traen
la energía y la fe de aquella santa.

.
.

¡Cuándo podrá, Señor, venir conmigo
el hijo de mi alma
á rezar por la mártir,
á elevar en su tumba una plegaria!

EL RECUERDO

Preguntóme una niña cierta tarde
si el recuerdo era más
que las brisas que pasan tan fugaces,
ó una estela en el mar.
En verdad que pregunta tan sencilla
perplejo me dejó;
no sé qué contesté, pero la niña
contenta no quedó.

.
.

Varios años después, ya descuidado,
una tarde estival
volvía de paseo y ví á la hermosa,
muy pálida, pasar.
—Dime, joven, la dije presuroso,
¿has aprendido ya
lo que dura un recuerdo en nuestra mente?
Contesta la verdad.
—Las lágrimas se secan, dijo ella,
cuando cesa el llorar;
las huellas del dolor se borran algo
(un poco, nada más);
el recuerdo de amor que se ha perdido
no se borra jamás.

EL ECO DE TU VOZ

I

Una serena noche,
noche de bienestar,
yo amores te contaba
mirando triste al mar.
Y tú, mirando alegre
la luna en su cenit,
sonriendo dulcemente
dijiste bajo:—Sí...

II

Después, en otra noche
surgida para amar,
cual siempre, mis amores
me puse yo á contar.
Y allí, quedo, muy quedo:
—¿Me amarás siempre así?
te dije, y sonriendo
también, dijiste:—¡Sí!

III

Tu alma en débil cárcel
aquí no pudo estar
y, hacia el misterio eterno
al fin, quiso volar.
Mucho lloré; constante
aún siento junto á mí
tu voz, cual un arpegio,
que dice:—Te amo... ¡Sí!

UN BALIDO

(COMENTO DE UN TAHUR)

Era una infernal noche, iba tapado
(reinaba un frío impío);
en una oscura calle había entrado
y oigo una vocecita que ha balado:
—¡Ay! madre, tengo frío!...
y otra que dice:—Duérmete, hijo mío!
· · · · ·
· · · · ·
¡Maldito; y yo el dinero me he jugado!

LA ESTATUA YACENTE

¡Qué blanca, qué hermosa,
qué yerta, qué muda,
la estatua yacente
de su sepultura!
Las brisas la besan,
las flores la arrullan,
con rayos de plata
la baña la luna.
Sus formas angélicas
el mármol figura,
sonrisa encantada
sus labios dibujan.
Los cerrados párpados
sus ojos ocultan;
parece dormida,
que en sueños escucha
palabras suaves
que llegan confusas
y, hablando de amores,
ternezas modulan.
Acaso en *su mente*
alzarse procuran
canciones, ensueños,
siluetas difusas

de un mocito imberbe...
¡primera figura
de un amor que empieza
y en el alma incuba!
Si algún día viene
rezando, á la tumba
de la niña muerta,
su rezos escucha
la estatua yacente
de la supultura;
recoge las frases
que, veloces, cruzan
de la tierra al cielo...
¡No hay frase ninguna
tan sincera y grande,
tan noble y tan pura
como el rezo ardiente
de un alma que cruza
triste y dolorida
las primeras brumas
de la vida!... amores
que nazcan y huyan
dejando en el alma
la primera duda...

.
.

¡Pobre niña muerta!
fué mayor ventura
que murieras joven
que en la edad adulta.
Las luchas del mundo
no supiste nunca;

viviste entre flores
siendo, entre ellas, una;
gloria de tu madre
que hoy morir procura.
¡Esa es la que sufre;
esa es la que lucha
en lenta agonía
que no acaba nunca...
Te fuiste ignorando
que hay almas impuras,
que hay amigas falsas
y amores que turban
porque no son altos...
que hay dolores, dudas
extrañas, que matan
(¡no se aclaran nunca!)

.
.
.
.

¡Qué blanca, qué hermosa,
qué yerta, qué muda,
la estatua yacente
de su sepultura!

CANTARES ♦ ACORDES

CANTARES

Morena de mis ensueños:
en tus ojos soñadores
se representan mis celos,
se retratan mis dolores.

¡Ay del que es con las mujeres
de la condición del perro!
¡ay de quien más las adora
cuando le hacen más desprecios!

Cierto que al cantar mi vida
oculto amargas verdades;
van por un lado mis sueños,
por otro mis realidades.

¿Qué es lo que yo quiero?
Mira: casi nada;
que me vuelvan lo que me robaron:
la paz de mi alma.

Dices que yo no te abro
las puertecitas del alma;
habrás perdido la llave
que te llevaste al cerrarlas.

¿Qué voy á decirla?
¿Qué voy á contarla?
El amor que la tengo es muy grande;
¡no cabe en palabras!

Te arrastró tu suerte al lodo,
mas, era tal tu pureza,
que en vez de mancharte el fango
se trocó en nieve la tierra.

¿Te marchas? te importan
poco mis amores?
Pues... que el caminito por donde tú vayas
se llene de flores.

Es un mudo poema de dolores
el que oculto en el alma...
Hay cosas que no deben escribirse;
¡están mejor guardadas!

Dicen que horrores oculta
la belleza de tu cara;
el mar, que es seno de muerte,
¿no se cubre de esmeralda?

Por uno que se murió
tristes las campanas doblan;
¡asómate á la ventana
y repicarán á gloria!...

Que no toquen las campanas;
que está durmiendo mi niña
y pudieran despertarla.

Si no me quieres por pobre,
yo dinero buscaré
y el oro, glorias y honores,
á tus plantas rendiré.

Al pobre soldado,
mujer, yo lo he visto,
que atraviesa los montes, por verte
¡muertito de frío!...

¡Qué solitario está un hombre
cuando adora á una mujer
y no puede alcanzar nunca
el premio de su querer!

¡Qué triste y mala su vida!
Enfermo del corazón
no encuentra nunca el remedio
pues le niegan el amor.

Dame la guitarra.
Quiero ver si, tocándola, huyen
las penas del alma.

No digas que no me quieres,
porque me vas á matar;
tengo una pena muy grande
y me la vas á agravar.

Cuando una tarde á tu puerta
pidieron pan tus hermanos,
dijiste:—Dios os ampare...
¡qué amargamente lloraron!

Las fibras del sentimiento
son cuerdas de una guitarra:
cuando el dolor las oprime
resuenan dentro del alma.

¡Qué pena tan grande,
qué pena!
Las campanas todo el día tocando;
tocando por ella.

¿Preguntas por mis dolencias?
En mi cuerpo no hay ninguna;
no preguntes por mis penas
porque ya no tienen cura.

Ayer no querías,
hoy calla tu boca;
yo... me alegro que sigas callando
¡que el que calla, otorga!

Le diste esperanza,
infame coqueta
y, después, pronunciaste riendo
la triste sentencia.

¡Cómo le engañaste!
Le atragiste hasta tu verita
y luego... ¡le echaste!

¡Ay! madre; dime qué tengo,
qué tengo dentro del alma,
pues lloro siempre que escucho
los ecos de una guitarra.

Son de ébano tus ojos
y tus cabellos;
¿qué ocultas, niña, en ese
fondo tan negro?

Debajo de tu ventana
pasara la noche entera
para ver por la mañana
tu carita traicionera.

El amor y los licores
turbáronme de tal suerte,
que en aquel cuadro de vida
vi el fantasma de la muerte.

—¡Hala! grita un carretero;
—¡Barro! dice un albañil;
—¡Dése preso! un alguacil
y—¡adios, mi amor! un guerrero.

Tus ojos son el abismo
que á mi loco amor se abre
y ya me ha atacado el vértigo
porque... el abismo me atrae.

En un viejo nicho
vi una masa informe
de despojos humanos.... ¡qué poco
valemós los hombres!

Cantares, tristes cantares,
ecos de mi sentimiento:
¿qué quedará de vosotros
después de que yo haya muerto?

ACORDES

—Di, ¿cuándo te veré?, pregunté ansioso
y ella me dijo en su última mirada:
—¡Quién sabe si será por siempre humo
la unión que esperas tengan nuestras almas!

Yo te ofendí; tus ojos me miraron:
¿fué que riñeron ó que perdonaron?

Un tiempo prediqué contra las rubias
—que las morenas me gustaban más;—
apareciste tú y, en un instante,
el apóstol cesó de predicar.

Con el supremo amor de tus miradas
haces cantar mi lira;
tú arrancaste sus notas olvidadas,
tú sola, tú, me inspiras.

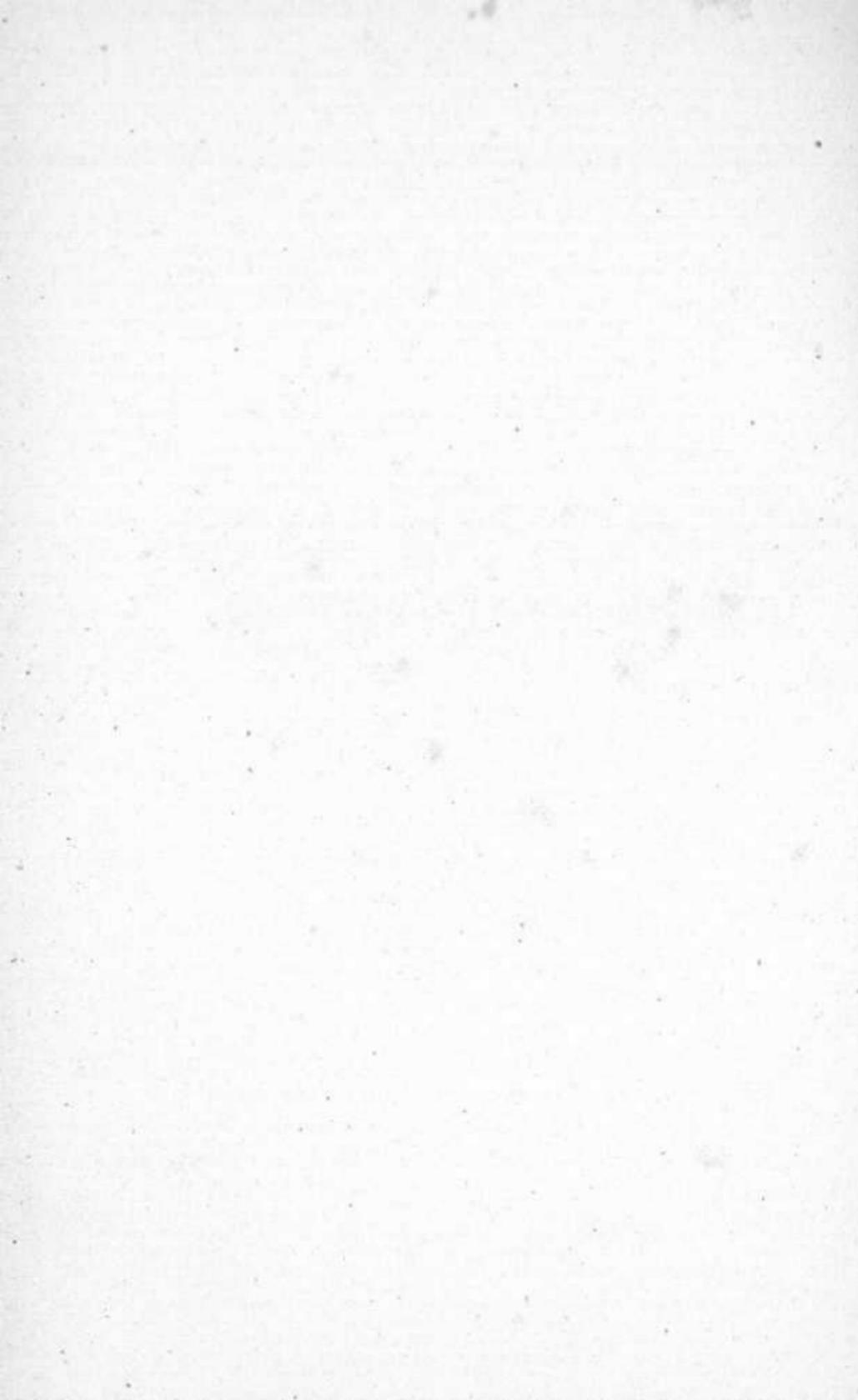
Si olvido sus promesas olvidadas
no puedo hacerlo así con sus miradas.

¿Crees que volverá? ¡Necia esperanza!
El pájaro no vuelve cuando logra
de su triste prisión romper las barras.

Mi bandera defendiendo,
hacia la gloria corriendo,
herido puedo caer;
y si, mi sangre al verter,
no encuentro quien me recoja,
os dirá la huella roja
que cumplí con mi deber.

Mi amor será por ti, me dijo un día,
la siempreviva blanca;
eterno lo juzgué y no vi en mi dicha
que de esa flor se adornan las mortajas.
Hoy veo con pesar y desconsuelo
nuestras suertes cambiadas:
la mortaja fatal son sus olvidos,
mi triste amor, la siempreviva pálida.

EL PUEBLO SE DIVIERTE



Ayer y hoy.

I

GLADIADORES

—¡Ave, Cæsar...!

Desciende audaz á la candente arena,
y, con mirada fiera y dolorida,
decidido á vender cara su vida,
surca la plaza, de romanos llena.

El *spoliarium* ve, mas no se apena
el mirmilón; acércase al retiario
que la red tiene cual fatal sudario
y el pueblo, entonces, el espacio atruena.

—¡Luchad! les dice el César, satisfecho
mientras el pueblo aclama furibundo;
luchan los dos sobre el ardiente lecho
y el ataque, sin odio, es iracundo;
¡ay! mientras el puñal se hunde en su pecho
un martir cae maldiciendo al mundo.

NOTA.—En estas luchas del Circo peleaban el *mirmilón*, que usaba armadura, casco, escudo y un largo puñal y el *retiario* que empleaba una larga red, para embarazar los movimientos de su contrario, y un tridente, para herirle.

El *spoliarium* era el lugar á que se llevaban los restos de los gladiadores muertos, semejante al sitio á que se arrastran hoy los caballos y toros que perecen en las corridas.

II

COMBATE CON LAS FIERAS

Dura lex...

Cansada Roma al ver que lo ordinario era que el hombre con su igual luchara, buscó fieras, al fin, con que bregara, hallando así un festejo extraordinario.

De algún lejano bosque milenario ó del desierto á la abrasada arena quitó el fiero león, la inmunda hiena, el lobo astuto, el tigre sanguinario.

Encerrados y hambrientos los tenía hasta el fatal momento en que luchaban con los hombres que en trance tal ponía; las gentes el combate celebraban é ignoraba el mortal que sucumbía si eran hombres ó fieras los que aullaban.

NOTA.—A los hombres que tomaban parte en estas luchas se les llamaba *bestiarios* ó *venatores* y eran mercenarios, prisioneros ó criminales condenados á muerte. Cuando los animales eran domesticados ó caza mayor la fiesta era una cacería, pero si eran fieras el espectáculo era tan terrible que á veces los hombres, enfurecidos, se mataban unos á otros antes que dejarse devorar. Usaban espada, casco, loriga y escudo.

III

EL TOREO

—¡Brindo por usía!...

Tarde llena de sol y de alegría;
en torno al redondel la turba calla
rendida á la emoción, ó bien, estalla,
gritando, en espantosa algarabía.

Contempla de la fiera la osadía
y el arte ó el arrojo de algún diestro
y aguarda, emocionada, á que *el maestro*
salga á mostrar su brava gallardía.

Suena agudo el clarín, brinda el espada;
llevando la muleta y el acero
va, lento, hacia la res que está cansada,
muletea tranquilo y altanero,
se perfila y, después de la estocada,
muere el toro (y, á veces, el torero).

IV

EL BOXEO

Homo hominis lupus.

Desnudo el torso, el puño guateado,
sañudo el ademán, alta la frente,
dos hombres se aporrean brutalmente
en la exigua palestra de un tablado.

Mil incidentes el combate ha dado,
los golpes menudean, vengadores,
hasta que uno de aquellos luchadores
sucumbe con el cráneo destrozado.

Termina el espectáculo salvaje
que á un público incivil ha entretenido;
ríndese al vencedor pleito homenaje
mientras una mujer da un alarido
en que llora, no sólo aquél ultraje,
sino el hombre y el pan que allí ha perdido.

Estos cuatro sonetos,
que te ofrezco, con todos mis respetos,
lector, te habrán mostrado
según opino yo,
que á pesar de los siglos que han pasado
el modo de luchar habrá cambiado
mas lo cruel de las costumbres, no.

EXCEPTICISMO
RENUNCIACIÓN

¿ ?

¿Dices morir? ¡Qué tontuna!
No hay esperanza ninguna
para el que morir no quiere
cuando sabe que se muere
y ve su negra fortuna.
Pues á quien vive muriendo
ya desde niño, y sintiendo,
sin ver si está cuerdo ó loco,
que la muerte va viniendo
poco á poco, poco á poco...
¿qué le ha de importar morir?
¿no ves que lo ve venir?
solo anida en su cabeza
una infinita tristeza
pensando en lo porvenir.
El dice: ¿qué ha de pasar?
Cuando llegue á traspasar
los linderos de la vida,
¿cual será mi nueva egida?
¿á donde iré á reposar?

LA VERDAD

La verdad; palabra huera,
dañadora ó lisonjera,
errante, ingrata verdad:
¿Quién, de la verdad, dijera
que encubre la eternidad?
Yo, desde mi edad temprana,
busqué la verdad liviana
y siempre á buscarla voy;
¡quién sabe! la verdad de hoy
¿será mentira mañana?

Siempre el hombre la buscó;
en hallarla se afanó
y, cuando hallarla creía,
¡ay! otra *verdad* venía
á destruir la que halló.
Aún sigue, lucha y se afana
en rendir á la tirana;
yo la busco, que hombre soy,
y dudo ¿la verdad de hoy
será mentira mañana?

Dedica su inteligencia
á investigar en la ciencia
—donde dicen que se halla—

mas, le rinde la batalla
continua con la experiencia.
Los obstáculos que allana
llevando, en su idea sana,
de armas inmenso convoy,
le dicen:—La verdad de hoy
será mentira mañana.

—
La grandiosa creación,
del arte la inspiración
y las glorias de la vida
alzan nuestra fe perdida
y ensanchan el corazón;
pero, lo que el hombre gana
en la lucha soberana,
por un comino lo doy;
veo que la verdad de hoy
será mentira mañana.

—
Es doloroso pensar
que á la verdad que hoy *se eleva*
otra verdad se la lleva
del mundo al raudo girar:
¡Siempre hay una verdad *nueva!*
Yo la quiero por hermana
y mi amor, por ella, mana;
mas, convenciéndome voy
de que la verdad de hoy
será mentira mañana.

—
Un dogma ayer explicaron
los que este mundo habitaron:

—Plana es la tierra,—dijeron,
y otros hombres destruyeron
lo que aquellos afirmaron.
¡Ah! ¡ya no es la tierra plana!
la verdad que hoy nos aplanan
yo por perdida la doy
que, acaso, la verdad de hoy
será mentira mañana.

—
Nuestra existencia explicando
quieren los hombres hallar
su causa particular
y pierden tiempo, pensando
por qué podemos pensar.
Mas yo, con mi duda insana,
al ver mi envoltura humana
dudo si soy ó no soy
porque ¿la verdad de hoy
será mentira mañana?

CREPÚSCULO DE OTOÑO

Esta tarde de otoño, como gotas sonoras,
del reloj del convento caen lentas las horas
en tristes campanadas que el aire hace vibrar;
en mi sillón de cuero estoy amodorrado;
el paisaje está turbio, el cielo está nublado,
la niebla, perezosa, se cierne sobre el mar.

Aún no están curadas del dolor las heridas;
las penas en el alma, tan solo adormecidas,
parece que se ocultan, parece que se van;
de estúpido letargo despierto fatigoso,
es un despertar triste, despertar doloroso,
de la vieja campana al oír el ¡tan! ¡tan!

Vuelvo otra vez al mundo del que estaba abstraído;
¿por qué habré despertado? ¡qué bien se está dormido
cuando, al dormir, se olvida el hombre, del vivir!
Está tristón el día y está más triste el alma;
es esta que yo siento una pesada calma
adquirida en el rudo trabajo del sufrir.

Igual que, en una fábrica, oscuro jornalero
iguales piezas forja un día, un año entero,
y las manos y el alma se llega á anestesiar,
así yo con las penas tan familiarizado

estoy, que ya no sufro; me encuentro ya cansado;
en el sopor hundido, sin ganas de llorar.

Igual que está la tarde se encuentra el alma mía;
es un acorde triste; es un otoñal día;
mi cielo está nublado, mi vida oscura está;
el mar, antes fogoso, de mis fuertes pasiones,
la niebla del cansancio de vivir, en girones
cada día más densos ocultándolo va.

Son recuerdo confuso mis amores perdidos;
se van amortiguando los sonos que en los nidos
por el amor formados, extático, escuché.
Veo ante mí, borrosas, imágenes que fueron,
seres que yo adoraba y lejos de mí huyeron
y á los que airado, loco, con gran dolor lloré.

Todo se va esfumando como ante el sol la niebla,
y estoy aquí yo solo, sumido en la tiniebla
de este triste crepúsculo que terminando está.

.
.

Me iré junto á la estufa, que voy sintiendo frío;
¡qué horrible es esta tarde! ¡qué solo estoy, Dios mío!
mi atardecer cansado; ¿cuándo noche será?

HORAS DE LUZ:
HACIA EL IDEAL

ROMÁNTICA

Mujer de mi sentir, ideal mío,
musa de amores que en mis versos cantas;
en mis sueños mil veces yo te he visto
y cuando vivo evocaciones santas.

Pero cuando mi alma hacia la tierra
desciende y quiere, ansiosa, aquí buscarte,
sufre el hondo dolor, la amarga pena,
el intenso pesar de no encontrarte.

Te quiero tanto que, al nacer la aurora
te venero en sus ondas frangeadas,

y en esas luces que la noche aleja,
vibraciones del día, desmayadas.

Te quiere, á veces, ver mi fantasía
por un rayo de sol arrebatada
en los tronos de nubes que el sol forma
en la crepuscular hora sagrada;

en los lagos de azul que se dibujan
entre nubes de rosa y esmeralda;
en las tonalidades de los valles,
en el intenso añil de las montañas.

Te veo en las corolas virginales
de las flores que viven junto al agua,
y si miro al estanque, amada mía,
te veo en el estanque retratada.

Te consagra la vida que resurge
pues vives en las frondas y en las auras,
en el viento sutil que nos rodea,
en los rayos de sol que nos encantan.
Cuando recorro el bosque y llego al río,
al mirar de las flores las guirnaldas
te veo, como á Ofelia, distraída
esperando de Hamlet la sombra amada.
¡Quién tu Hamlet fuera! digo muchas veces;
¡quién tus santos amores disfrutara!
¿qué importaba morir, teniendo un ángel
que por mí en el crepúsculo llorara?
Así te quiero yo, bien de mi vida,
adorada ilusión shakhespeariana;
pero aunque creo hallarte... no te veo
porque eres ilusión que yo forjara.
Despertar del ensueño y ver los bosques
creyendo hallar tu sombra idolatrada,
es acostarse en lecho de jazmines
y despertar tendido en la hojarasca.
Verte dulce y riente junto al lago
y al acercarse no encontrar ya nada,
es salir de los cielos prometidos
y descender á la infernal morada.
Ir recorriendo el bosque, imaginando
cuando la brisa mueve alguna rama
que eras tú, inspiradora de las fuentes
que, con ansia de amores, me llamabas;
correr, como Ahasverus, tras la sombra
que, al parecer, con su cendal nos llama
y atravesar los valles, escuchando
el rumor de las hojas... nada... ¡nada!

.
.
¡Levántate, ilusión de mis sentidos,
ideal de mujer, sombra adorada;
si vives en el cáliz de las flores
aspire yo tu esencia perfumada!
¡Elévate en la fuente; que te vea
en tu cendal de nieve arrebujaada;
sienta yo tus caricias y tus besos
en mis sienes ardientes y abrasadas!
¡Que te mire á mi lado y que no huyas
te pido, musa que en mis versos cantas;
virgen de azul y oro, que apareces
en mis sueños de amores y esperanzas!
¡Si has de venir alguna vez, resurge
antes que alberguen mis cabellos canas;
ya que vives en medio de las flores,
en las noches de amor, en las calladas
horas de la emoción, en las ardientes
conmociones del cuerpo, en las mañanas
de claro sol, en el vibrar sonoro
de amorosa canción que nadie canta
y el mundo entero siente, en los espejos
de los remansos de serenas aguas,
en el aire, en la luz y en los colores;
¡ven á habitar mi alma solitaria,
á convertir la cárcel en palacio
y á ser la princesita de mis ansias!

BARCAROLA

Voy en mi barca,
la mar paseo,
tu imagen veo,
blanca, flotar;
y, cuando avanzo,
y cuando rompo la espesa bruma
veo es la espuma
que forma el mar.
Sólo es ensueño que el delirio encanta
lo que mis ojos ¡ay! creyeron ver
y blancos rizos, que la mar levanta,
son la figura que creí tu sér.
La bruma densa
que se extendía
por la bravía,
verde extensión,
rompe sus grises
blandas cadenas,
lleva las penas
del corazón.
Y, en tanto, allá... resuena
triste cantar;
mi alma, de encanto llena,
se oye llamar.
Y la voz suena flébil

y llega á mis oídos dulce y débil.

Ya se percibe
distintamente,
ya, la rompiente
su voz ahoga,
y el genio oculto
de mi barquilla
audaz me chilla:

—Tú, boga... ¡boga!

A la playa mis ojos se vuelven
y, aunque la veo,
la dejaron muy lejos las ansias
de mi paseo.

.
.
.
.

Llevo surcando
ya, muchas horas,
las bullidoras
olas del mar;
voy en mi barca
como en la cuna,
sale la luna
y... oigo el cantar.

Miéntras la voz desmaya:

—Te amo, ¡mi bien!

quiero buscar las líneas de la playa:
¡ya no se ven!

Y, en tanto,
no sé si lejos ó junto á mi oído
suena lleno de amor, adormecido,

el dulce canto...

La luna brilla
cual disco de oro;
pregunto y lloro:

—Dí: ¿dónde estás?

La voz repite:

—Te amo, bien mío!

y el hado impío:

—Navega... ¡más!...

EL PEREGRINO Á LOS MURMURADORES

Érase un peregrino
que emprendió desde joven un camino
largo, inmenso, de abrojos y dolores,
y cruzando ciudades populosas
ó aldeas silenciosas,
guiado por su sino,
iba buscando el resplandor divino
del sagrado ideal de sus amores.

Y llegó á una ciudad blanca y pequeña
que descansaba al pie de una gran peña,
lugar lindo y ameno
que brindaba el descanso tan sereno
que se anhela en la vida,
y aquel alma, rendida
en la lucha de amores con que sueña,
encontró el lugar bueno
para gozar la calma apetecida.

Sobre un monte cercano
había, en una ermita,
una imágen de Virgen tan bonita
y era en lo celestial tan dulce arcano,
que, al verla, aquel cristiano
en ella tal su inspiración hallaba

que su alma contrita
creyendo hallar allí culto en lo humano
cada vez de ella más se enamoraba.

—
Buscando en la oración nuevas bellezas
siempre rezaba allí aquel hombre errante,
sin pensar, ignorante,
que las gentes, al verle de esta guisa,
lo tomaban á risa
pero después, mirando sus rarezas,
dijeron que intentaba el caminante
quitar á aquella imágen sus riquezas.

—
Y una tarde, muy cerca del ocaso,
les dijo el peregrino
su ruta al contemplar y su destino:
—Yo sigo mi fortuna
guiado por los manes de mi sino
sin temor á un mal paso,
y voy sin hacer caso
de los perros que ladran á la luna
ni de las piedras que hay en mi camino

—
Y con faz resignada
alzó la vista al cielo
y continuó la marcha comenzada
subiendo unos breñales,
mas, sin mirar á nada,
de aquel abrupto suelo
él sentía en su alma enamorada
que el logro de sus santos ideales
estaba allá... al final de la jornada.

ERA

(DE UN HOMBRE QUE FUÉ)

I

Era una mañanita de primavera
cuando yo recibía la luz primera,
y era la de aquel día
la luz temprana
del alma mía
que ya surgiera.
Ya, entonces, *era*.
La luz del nuevo día
que, á raudales, entraba por la ventana,
daba á mi santa madre tanta alegría
que sonreía
al ver entre sus brazos la flor lozana
que, al beso de los rayos del sol, nacía.
Luz refulgente, blanca, tibia, hechicera
yo entonces era.

II

Un día luminoso, de estío, era
cuando el amor me daba la compañera,
la fuente de alegría
que yo buscara
y un «sí» decía
cual yo, ante el ara.

Ya esposo era.
El sol del santo día
besó, cuando salimos, la cabellera
del ángel adorado del alma mía
que sonreía
al sentir en su brazo que yo pusiera
el mío que, vibrante, se estremecía.
Luz poderosa, ardiente, dorada, fiera,
yo entonces era.

III

Era una otoñal tarde muy placentera;
yo, gozoso, escuchaba la voz parlera,
llena de melodía,
de mi hija Ana
que, riendo, decía
me vió una cana.
¿Ya viejo era?
No; pero el vientecillo de aquel día
me trajo una noticia triste y sincera
y ví al pequeño ángel que sonreía
porque veía
el rudo, adusto ceño que yo pusiera,
al ver que mi existencia ya descendía.
Luz azulada, triste, suave y austera
yo entonces era.

IV

Una noche de invierno, terrible, era
cuando sentí llegada mi hora postrera
y á un viejo cura oía

que murmuraba
que el alma mía
á Dios marchaba.
Ya era y no era.
La noche de aquel día
recibió entre sus pliegues mi faz de cera
que en extraños espasmos, se contraía.
Ya no veía
con los ojos del cuerpo lo que antes viera
cuando el alma del mundo veloz huía.
Luz amarilla, pálida, luz postrimera
yo entonces era.

V

Ya estoy en el misterio, recorre lo insondable
de la celeste esfera mi espíritu contrito,
y el alma se recrea gozando lo admirable
de esta inmortal y eterna región de lo infinito.
A su contacto sufro divinas sensaciones
como jamás en vida imaginé y sentí;
y experimento extrañas y dulces emociones
que me hacen ver un centro de santidad en mí.
Yo cruzo entre los astros, su inmensidad admiro;
suspense en dulces éxtasis, en honda admiración,
con los ojos del alma hacia la tierra miro
y llega á mí el murmullo de una ideal canción.
Es todo transparente, ligero, en torno mío;
no siento las pasiones; vivo en un dulce afán;
seguir en esta vida, constantemente, ansío,
yendo por el espacio como las aves van.
Allá en el pueblecito que yo he querido tanto
mi cuerpo es conducido con pena y con amor,

al diminuto albergue, al lindo camposanto
en que hallará descanso y olvido encantador.
La esencia en que ahora existo, que siente, adora y
ignora á dónde marcha; no acierto qué seré; [mira]
con inefable goce mi espíritu suspira
y ansioso se pregunta: ¿qué soy? ¿á dónde iré?
Misterio en el misterio, arcano en el arcano
encuentro, aunque traspuse la vida terrenal
¿será que aún conservo reflejos de lo humano?
¿cuándo empieza la ignota vida de lo ideal?

ÍNDICE

HORAS DE PAZ

	<u>Páginas</u>
Amorosa.....	3
Al amor de la lumbre.....	5
Cuando la nieve cae.....	9
Germinal.....	10
Lejos de tí.....	11
Pastorela.....	12
Refugium.....	15
A una mujer.....	16
¿Qué es el amor?.....	17
El Monasterio de Piedra.....	18
El roble y la flor.....	20
¿En qué piensas?.....	22
Quince años.....	24
En una postal.....	25
Íntima.....	26
La guzla.....	28

HORAS DE PENA

Contraste.....	35
La epidemia.....	38
Tu amor y el suyo.....	40
La lira rota.....	42
Mi mundo.....	43
El recuerdo.....	46

	Páginas
El eco de tu voz.....	47
Un balido.....	49
La estatua yacente.....	50

CANTARES.—ACORDES

Cantares.....	55
Acordes.....	60

EL PUEBLO SE DIVIERTE

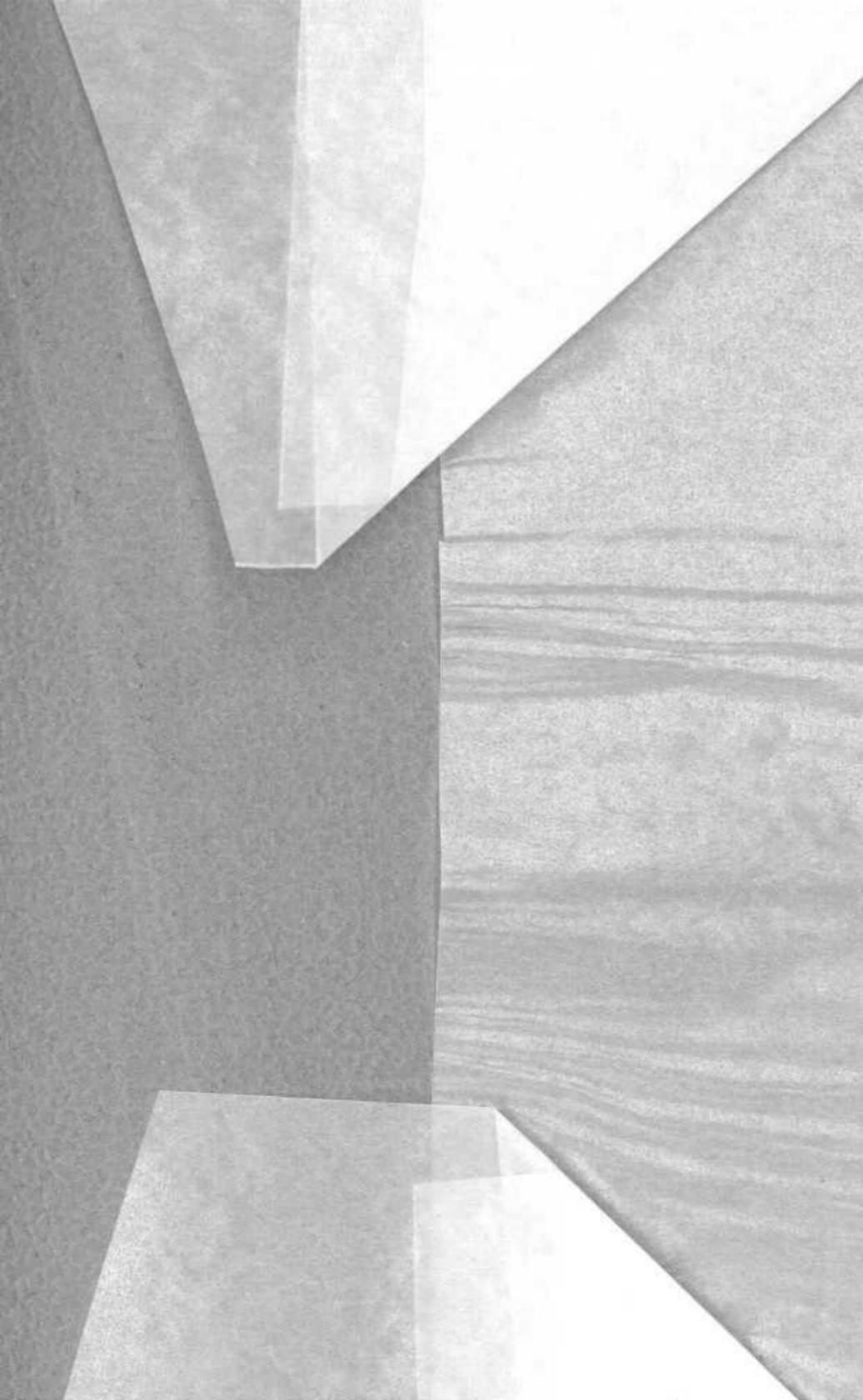
Ayer y hoy.—I. Gladiadores.....	65
II. Combate con las fieras.....	66
III. El toreo.....	67
IV. El boxeo.....	68

EXCEPTICISMO.—RENUNCIACIÓN

¿ ?.....	71
La verdad.....	72
Crepúsculo de otoño.....	75

HORAS DE LUZ: HACIA EL IDEAL

Romántica.....	79
Barcarola.....	82
El peregrino á los murmuradores.....	85
Era.....	87



MEMORIOS DOS DESERTAS

G 396690